replegarse hácia la hacienda de San José, en donde se encontraban sus compañeros de armas, arrojados del barrio de Loreto. Ocupando entónces el ejército mejicano nuevas y más ventajosas posiciones, el enemigo no se atrevió en lo restante del dia á intentar nuevos ataques, retirándose á las siete de la tarde á su campamento de la hacienda de los Alamos, y dejando en el campo entre muertos y heridos unos quinientos de sus compañeros, y un corto número de prisioneros en poder de los mejicanos.

IV.

Esta victoria fué tanto más gloriosa para las armas de la República, cuanto que á la vez que contenian el bravo impulso de más de 4.000 franceses, tenian que batir á los facciosos que en número considerable se hallaban en Atlixco y Matamoros. El espíritu un tanto abatido de los liberales mejicanos por el resultado que pudiera caber á la República, á causa de la espedicion francesa, se reanimó y cobró mayores brios, y todas las poblaciones se ofrecian á la causa de la libertad, conforme iban recibiendo la noticia de la gloriosa victoria conseguida en las inmediaciones de Puebla.

Los generales Zaragoza y Berriozábal, por otra parte, dirijian entusiastas proclamas á sus compatriotas, y les aseguraban un triunfo decisivo y completo, si el espíritu del país sabía en esta ocasion repetir las pruebas de independencia y libertad que en todos tiempos habia demostrado. El resultado de tales manifestaciones, fué la incorporacion de los soldados de Guanajuato y de muchos otros pueblos al ejército de Oriente; por cuyo acto, el general Zaragoza dirijió á los primeros una proclama, felicitándose por el comportamiento liberal y generoso de que acababan de dar honrosa prueba.

«Venid,—decia aquel general,—á completar las glorias adquiridas el dia 5 sobre las huéstes francesas, que amilanadas y abatidas, teneis al frente fortificándose.

»Muy pronto, mis amigos, daremos otro dia de gloria á la patria, y las armas de la grande Guanajuato, puestas en vuestras manos, brillarán orgullosas, combatiendo por la independencia, como lo hicieron por la libertad y la reforma.

»Estoy viendo todavía en vuestras frentes los laureles adquiridos en Loma Alta, Guadalajara, Silao y Capulalpan, y yo os aseguro que muy pronto serán ceñidas esas mismas frentes con las inmarcesibles coronas que os prepara la victoria.»

A la vez, el general Berriozábal decia á sus compañeros de armas: «Con un dia de combate habeis recompensado tantos meses de sufrimientos: la victoria ha coronado vuestros esfuerzos, y las águilas francesas han atravesado el Océano para venir á depositar como ofrenda, al pié de la bandera de Méjico, los laureles de Sebastopol, Magenta y Solferino.

»Hijos del Estado de Veracruz: Soldados del Estado de Méjico: Unidos os ha encontrado el enemigo; unidos habeis volado á su encuentro, y unidos os ha coronado la victoria.

»Soldados: Habeis salvado el honor y la independencia de nuestra patria, y ella os bendice.

»Compañeros de armas: ¡Viva la independencia! ¡Viva la libertad! ¡Viva el supremo Gobierno!»

En la capital de la República, el entusiasmo rayó en locura al llegar la noticia de la victoria alcanzada sobre el ejército invasor. El Congreso mejicano, de acuerdo con todo el ejército, dió al presidente Juarez ámplias y omnímodas facultades para que hiciese frente á la situacion. El ministro de la Guerra comunicaba, de órden del presidente, á los miembros del Congreso, el propósito firme de Juarez de defender la capital á todo trance, cualquiera que fuese el resultado de la batalla empeñada entre el ejército de Oriente y el de Francia; y el mismo presidente manifestaba á su pueblo, «que habia ya vivido demasiado, y que su sola ambicion era morir gloriosamente por su patria, defendiéndola del enemigo estranjero.»

La consecuencia tal vez más grave de la derrota del 5 de Mayo, fué la ventaja moral evidente que dió á Juarez y á su Gobierno, á los ojos del país. Los franceses no la dieron gran importancia como hecho material, como batalla, como revés; pero al fin era una victoria conseguida sobre la inter-

ZARAGOZA

vencion. El presidente mismo se dirijió á Puebla para distribuir medallas á los heróicos defensores de la Nueva Zaragoza; y cuando poco tiempo despues, en el mes de Setiembre, falleció súbitamente el general Zaragoza, se le concedieron los honores más grandes, y se colocó su féretro sobre la bandera de un regimiento francés, conquistada en lo más récio de la pelea. Por consecuencia del combate de Puebla, Juarez fué desde entónces el representante popular de la independencia amenazada, y la personificacion viva de la resistencia.

V.

Entretanto, el ejército francés se veia obligado á retirarse á Orizaba, convencido de que era de todo punto imposible continuar su marcha hácia la capital de Méjico, en vista de la actitud y espíritu belicoso y entusiasta de los mejicanos, á quienes el general francés habia creido impotentes para resistir el empuje de sus zuavos, y sobre todo, que renegarian de sus sentimientos de libertad y patria, echándose en brazos del ejército invasor. «Vuestra marcha sobre Méjico, —decia el conde de Lorencez en una órden del dia, dada á sus soldados despues de su regreso á Orizaba,—ha sido detenida por obstáculos materiales que no debiais esperar, segun las noticias que se os habian dado.

»Se os habia repetido cien veces, que la ciudad de Puebla os llamaba con todos sus votos, y que su poblacion acudiria solícita á recibiros, cubriéndoos de flores. Con la confianza inspirada por esas seguridades engañosas, nos hemos presentado delante de Puebla. Esta ciudad estaba erizada de barricadas y dominada por un fuerte, en el que habian sido acumulados todos los medios de defensa. Siendo insuficiente nuestra artillería de campaña para abrir brecha en las murallas, se hacía necesario un material de sitio: no tenemos ese material; pero confiados en vuestra intrepidez, os habeis precipitado sin vacilar sobre fortificaciones defendidas por artillería y por una triple línea de fusilería, mientras que á vuestros flancos teníais que sostener los esfuerzos de varios batallones mejicanos y de una numerosa caballería...»

El mismo general francés, dando cuenta al Gobierno del emperador del resultado que habian tenido sus esfuerzos para apoderarse de la ciudad de Puebla, decia con fecha 22 de Mayo desde Orizaba: «que en la creencia de que los habitantes de Puebla recibirian con los brazos abiertos á las tropas francesas, se dirijió el dia 4 á la pequeña aldea de Amozoc, en donde fué informado de que el Gobierno de Juarez habia determinado defenderse á todo trance en Puebla; que la ciudad contenia 12.000 hombres de guarnicion, y que todas las calles estaban llenas de barricadas y éstas armadas de grandes cañones.»

No obstante tan sorprendente é inesperada noticia, el general Lorencez, ufano por la victoria que dias antes habia alcanzado en las Cumbres de Acultzingo, y firme en su crédula pretension de que los mejicanos huirian despavoridos al presentarse delante de la ciudad los soldados del imperio, decidió marchar al dia siguiente sobre Puebla, y pudo convencerse de que esta ciudad, como todos los pueblos del mundo, se disponia á rechazar con todas sus fuerzas al ejército invasor.

No por esto desistió el general de su loco empeño; y como precedente para entrar victorioso en Puebla, quiso apoderarse ante todo de los fuertes de Guadalupe y de Loreto, de que anteriormente nos hemos ocupado.

El resultado de esta tentativa fué harto triste para las armas francesas, como se desprende de la misma relacion que de aquella gloriosa batalla para los mejicanos, hizo el mismo Lorencez.

«El fuerte de Guadalupe,—decia el general del imperio,—disparó el primer tiro. Las dos baterías francesas avanzaron hasta el pié de la altura, lo más cerca posible, para poder romper el fuego contra esta posicion: estaban á 2.200 metros de ella: su fuego principió y los zuavos se desplegaron en batalla. Los disparos fueron en general muy certeros; los del enemigo muy vivos y bien dirijidos.

»Despues de una lucha de tres cuartos de hora, hice llevar las baterías más á la derecha, á fin de batir más directamente el fuerte que los zuavos debian tomar. La batería Mallet se colocó á cierta distancia de

la batería Bernard, para hacer que el fuego de los mejicanos fuese más divergente, y mandé avanzar á los zuavos contra el pié de la altura, á fin de desviarles de los fuegos del fuerte.

»La disposicion del terreno no me permitió hacer una brecha practicable; no tenía además el material necesario para destruir la fortaleza de Guadalupe, y resolví intentar un ataque á viva fuerza. Los zuavos, prontos á lanzarse, habian llegado al promedio: envié á buscar cuatro compañías de cazadores de infantería, previniéndolas que subiesen las pendientes á la izquierda de los zuavos, de modo que dividiesen las fuerzas del enemigo. Al mismo tiempo dispuse que el regimiento de infantería de marina, los fusileros marinos y la batería de montaña, apoyasen al primer batallon de zuavos que ocupaba la derecha, y tomé un batallon del 99 de línea para reemplazar como reserva, detrás de nuestras columnas de ataque, la infantería de marina y los fusileros marinos.

»Mientras se ejecutaban estos movimientos, una seccion de ingenieros partia con cada columna de ataque, llevando tablas provistas de escalones clavados y de sacos de pólvora, destinados á hacer volar la puerta del reducto. La artillería montada trataba en vano de abrirse camino para subir á la altura y acercarse al fuerte.

»Dí la señal: los zuavos y los cazadores de infantería se lanzaron con la intrepidez inteligente, tradicional en estos dos cuerpos; hicieron lo que sólo las tropas francesas saben hacer: llegaron bajo un fuego terrible de artillería y fusilería, de bombas y granadas, hasta los fosos del fuerte; algunos lograron encaramarse sobre la muralla, donde fueron muertos, á escepcion del corneta Roblet, de cazadores de infantería, que se mantuvo allí por algun tiempo tocando á la carga. Pero el convento fortificado de Guadalupe, que se me habia descrito como una posicion de escasa importancia, estaba armado con diez cañones de á 24, sin contar los obuses de montaña colocados sobre la plataforma y en las torres: tres líneas de fuego de fusilería sobrepuestas, habian sido establecidas por medio de sacos de tierra dispuestos sobre los terrados; 2.000 hombres, mandados por el general Negrete, estaban encerrados en el fuerte con una artillería bien servida.

»El primer batallon de zuavos, la infantería de marina y los fusileros marinos, al efectuar el movimiento de avanzada, habian encontrado sobre su derecha el fuego de las baterías de Loreto, y entre este fuerte y Guadalupe, cinco batallones de infantería sobre tres líneas: cargados por la caballería mejicana, habian sido detenidos á cien metros del fuerte.

»Una tempestad tropical descargó por este tiempo sobre nosotros, que oscureció la atmósfera y humedeció el terreno, hasta el punto de que no se podia permanecer en pié en las cuestas que se acababan de subir; y vista la imposibilidad de sostener por más tiempo aquella lucha heróica y sangrienta, hice bajar á los batallones empeñados, aprovechando las quebraduras del terreno, y los detuve al pié de la colina, resolviendo despues retirarme, como medida prudente, sobre Orizaba.»

«Tal era,—continúa el general Lorencez,—mi situacion delante de Puebla; la poblacion más hostil á Juarez, al decir de las personas en cuya opinion debia tener fé y que me aseguraban formalmente, en vista de las noticias que tenian disposicion de adquirir, que yo sería recibido allí con júbilo, y que mis soldados entrarian cubiertos de flores.»

VI.

Natural parecia, en vista del cruel escarmiento que acababa de sufrir el ejército de Lorencez, que tanto éste como el Gobierno de Napoleon III desistieran de sus proyectos en Méjico. La acojida benévola y entusiasta que se prometian en aquella República, se habia convertido en una actitud resuelta é imponente por parte de los mejicanos, para rechazar con todo el brío que les sugería su acendrado patriotismo, á un pueblo orgulloso y altanero, que en són de guerra, y despues de insultar con despreciativas é insolentes contestaciones la dignidad de los mejicanos, trataba aun de trasformar las costumbres é instituciones de esta raza, digna sin duda, como todas las razas del mundo, del respeto y consideracion de los demás pueblos. La falta de cumplimiento

en las promesas de aquellos cuantos traidores á la patria, que habian hecho soñar al César francés con la posesion pacífica de un nuevo y vastísimo imperio que realizára las doradas ilusiones de Luis Napoleon en América, debieron tambien haber influido en el ánimo del ambicioso monarca, y héchole desistir de un plan, que por más que le fuese halagüeño y seductor, era de todo punto irrealizable.

Pero no es así como los reyes de la índole y condiciones de Napoleon III miran los resultados de una derrota, sean cualesquiera las causas que la han ocasionado, y sean las que quieran las consecuencias que á la revancha sigan. El emperador francés habia visto que rechazaban los mejicanos de una manera digna y atrevida la intervencion de las armas francesas; habia visto asímismo que las ideas monárquicas eran repulsivas á la gran mayoría de los mejicanos; acababa de tener una bien triste y elocuente prueba de haber sido engañado en las promesas que Almonte, el P. Miranda y algunos otros traidores á su patria le habian hecho sobre las aspiraciones y vehementísimos deseos de todos los mejicanos, de que la Francia fuera á redimirlos del yugo opresor con que el Gobierno de Juarez los tenía oprimidos, y preveia, en fin, la posibilidad de que se convirtieran sus doradas ilusiones en amargos y crueles desengaños.

Y no obstante, la honra, la dignidad de la Francia, decia Napoleon III, no podrán sufrir nunca una derrota causada por un pueblo inculto, pobre y miserable, sin que vuelvan despues las vencedoras águilas francesas á arrancar con sus encorvadas uñas las entrañas de tal pueblo.

Es verdad, pensaría el emperador francés, que con este acto arrojo por el suelo los sagrados principios del derecho de gentes; es verdad que Méjico acaba de hacer lo que todo pueblo digno, cuando un estraño se aproxima en són de guerra á sus puertas; es asímismo cierto que los mejicanos llevan á mal que otra nacion quiera inmiscuirse en sus asuntos interiores, y que rechazan la forma monárquica que yo les quiero imponer. Pero la Francia lo quiere así, y mal que á Méjico le pese, y mal que la Europa y el mundo entero vean en mis aspiraciones una violacion completa de los principios y divinos derechos que todo pueblo tiene, mis legiones irán en número infinito á las aguas mejicanas, y recojerán á costa de la ruina y desventura de Méjico, los laureles que han perdido en aquella region del Nuevo Mundo.

CAPÍTULO IV.

Retirada de las tropas francesas sobre la ciudad de Orizaba.—Manifestaciones del Congreso y demás corporaciones mejicanas en contra de la intervencion francesa.—Llegada del general Donay á Veracruz.—Los franceses sorprenden durante la noche el campamento del general Ortega.—Batalla del cerro de Borrego.

I.

Despues de la completa derrota que las armas francesas esperimentaron ante los muros de la ciudad de Puebla, el conde de Lorencez resolvió retirarse sobre Orizaba, en vista del inminente peligro que corrian sus tropas en las inmediaciones de aquella ciudad, y en vista tambien, como el mismo Lorencez decia, de «que no recibia del ejército del general mejicano Marquez, ni de ningun otro de los que se habian pronunciado por la intervencion francesa, mas que noticias evasivas y contradictorias sobre su proximidad y sobre su intencion de venir á reunírsele para ayudarle en su empresa.»

El 11 de Mayo salió con sus tropas de la aldea de Amozoc el general francés, habiéndole antes informado el general Lopez, que se le habia reunido con diez caballos, que Zuloaga en nombre de su partido habia hecho en la mañana del 5, dia en que el ejército francés se presentó delante de Puebla, un tratado con el Gobierno de Juarez, comprometiéndose á neutralizar el ejército del general Marquez durante la presencia de los franceses delante de la ciudad.

Sin ser apénas molestadas las fuerzas de Lorencez, llegaron el 17 á Tecamalucan, en donde un oficial mejicano del ejército del general Marquez, les anunció que la caballería de este general, fuerte de 2.500 caballos, se dirijia á incorporarse al ejército francés; para conseguir lo cual, sería conveniente que un oficial francés acompañase hasta Orizaba al mejicano Lopez, en cuyo punto se avistarian con Almonte.